

y te vas, y te vas, y te vas, y no te has ido
y cuando el megalómano de dientes amarillos se levanta, T. Ana, recalcitrante, añade:

espera, la barca del olvido aún no ha partido.

Poco después, viendo que *El Gran Enterado* ni se entera y vuelve a sentarse, casi grita:

te vas porque yo quiero que te vayas...

y ahí el cachondeo de los macrós y Bruno llevándose las manos al vientre, y el fiscal y el juez mosqueados. En fin, cosas, sonseras. Al fin, el megalómeno confiesa: sus «poemarios» fueron corregidos e incluso reescritos por otros poetas de talento y él, a lo sumo, lo único que sabe es hacer la i con una regla: confiesa también que las ediciones fueron pagadas por su Complejo de Edipo. («Además de puta, te pagan la cama», gritaba un macró, que, con urgencia, es expulsado de la sala). El Gran Enterado termina su confesión gritando: «¡Soy un masoca fatal!». T. Ana, medio descojonado por la risa, le dice que vaya a inyectarse hormonas de gorila, ahora que es el centenario de Darwin. El megalómano no baja del árbol: ni se entera.

APARECE VIDAL DISFRAZADO DE PROCER ECLESIASTICO

Y como por encanto desaparece El Gran Enterado junto a dos miembros del jurado. La cosa tiene miga y salsa. Seguidos los tres individuos por Bruno, éste descubre que se introducen en el subte, volviendo a la sala para comentarlo con Vidal y Medrano. El barbogafoso dice que no hay peor ciego que quien no quiere ver.

MAS TESTIGOS DECLARAN SOBRE DIABLOS Y CIEGOS

Entre los cuales merece destacarse un tal Cockshott que, debido a, tiene que deletrear su nombre. Palabras discursivas, interesantes, que me permito citar en su totalidad.

Señoras, señores, miembros del jurado, etc.: La palabra «escritor» goza de un (des)-prestigio funesto. La inconveniencia de pronunciarla refiriéndose a cualquier persona, incluido uno mismo —aunque sea, simplemente, en la comisaría, cuando nos obligan a declarar un oficio cualquiera— nos resulta inaudita. Aunque se trata únicamente de conseguir un número legal de identificación por si nos autosuicida

un energúmeno enconado, el *oficio* despierta reacciones extrañas. Pese al ecumenismo (sonrisas por la pedantería de la aseveración) demostrable de la profesión, vemos el rostro despectivo e irónico, además de siniestro, del burócrata de turno que, por despecho, nos obliga a mancharnos los dedos artísticos y sabios, expertos del hojeo (con hache, debe añadir y añade), enhebrándolos con los suyos y esa siniestra almohadilla de tintorra espesa, indicándonos, a continuación, un montón de algodones y un frasquito de nafta (se escucha un murmullo y alguien grita «¡Gasolina!», como si la policía fuera tonta y el personal imbécil). Observemos (continúa Cockshott, que ni se inmuta) la muchedumbre que, en la cola, se convierte en el ser que va a continuación nuestra en el cajón del matadero. (La metáfora es acogida con gran alborozo por un extremeño autodidacta.) Trátase de un cordial, aunque analfabeto, humanoide, nada limpio, pero dispuesto a gastar su paga del sábado para demostrarnos gentilmente que él, de siempre, ha sido escritor, sobre todo poeta. Nos invita, poco después, a una copa: justo el día que el hígado nos juega malas pasadas por el exceso de la noche anterior. Entre la resaca y el tedio, necesitamos más de jugo de tomate que de un buen escocés, descubrimos que existen individuos pesadísimos y tercos, incapaces de ceder a sus propósitos: si no alcohol, sí comida. Si no comida, paseo. Si tampoco paseo, fornicar. O vagar por el paraíso de chatarra y nylon. Se acaba olvidando todo, incluido el compromiso de escribir unas páginas sobre Ernesto Sábato defendiendo la tesis de. Comemos en un cuartucho jodidamente sucio y plagado de moscas. «Lindo lugar», nos comenta el tipo. «Cojonudo y barato», añade sonriendo y mostrándonos una dentadura horrendamente negra. Al final, nos encontramos en Gijón, que resulta ser Oviedo, pero con más puerto y playa, o en Madrid, en un puti-club de la costa (Fleming) o en Corrales o en Abidjan (*the gate to yesterday and tomorrow*) mirando carteles (*with its capricious tentacles, the lagoon spreads at it were its silvery arms...*) sin entender ni palabra, y menos mal: a veces la cosa va en eslavo. Pues ya locos de atar, subiendo en un caballito mecánico y bajando por la barandilla mediante técnicas de deslizamiento que ponen en peligro los fondillos del pantalón, debido al *Passport* recién importado («No, nada de hielo, que se agua»), nos confesamos interiormente el pecado de la dipsomanía, pero sin quejas, contentitos de ser como somos y nada arrepentidos. Nuestra fama, debido a nuestro amigo de toda la vida desde esta tarde, crece, se acrecienta por momentos, él habla con la chica de alterne, cuenta sin parar anécdotas que, hasta ahora, desconocíamos pese a haberlas protagonizado según sus palabras. Nos vemos ya como futuro Nobel, pese que nosotros

habíamos dicho que éramos un autor novel, ¡bah, ni caso! Después el amigo os leerá un poema que guarda amorosamente en la billetera grasienta, os dará argumentos para una novela (pues siempre se supone que el escritor no tiene ni idea ni ideas sobre su oficio) u os pedirá recomendación para un primo suyo que quisiera trabajar en el Ministerio de Incultura y que tiene dotes no ya de trepa, sino de auriga y lancero bengalí. En resumen: no se os ocurra hablar ni humildemente de vuestros escritos, pues advertiréis sin tregua cuánta gente os ha leído y los tiene, pese a ser inéditos y estar bien guardados en cajones con candados seguros.

AUNQUE NO AÑADE NADA NUEVO SOBRE SABATO

(¿Qué va añadir? ¿algo original también?), baja del estrado contento por su intervención y sube una fémina, mientras se descubre el pavoroso machismo que todo lo envenena, con silbidos, gritos incoherentes, incondicionales, inconexos, inconsolables, incultos, inconsiderados, inconscientes e inconmensurables por no hablar del INRI que hace. La chica, hermosísima, sin más bobadas, dice que se apellida Sercovich. Domina más por su planta que por su sabiduría, pero se hace ver y el público es vencido en el primer *round*. Y dice además: «Menos teoría y práctica, pibes, pues parece que Argentina no es más que ñácate y ché, lofiar laburo, otarios, orientalitas que chamuyen mistongas, milanesas y quilombos, boliches y box. Esos chanchos a mus no se merecen más que chumbos para gaitas.» (Pronuncia otras cosas intraducibles, según dice El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, que pide la intervención de un miembro de la Real Academia Española.)

OLVIDADO EL LUNFARDO CONTINUA DUCE

Un tipo así llamado por ser natural de Florencia y pariente de un primer ministro italiano.

Comienza diciéndonos que, según Basaglia, toda cita es una interpretación, pero que Basaglia, mediante esa cita, está citando a Lukács, que, a su vez, citaba a Montaigne. Volvemos los ojos atareados en aclarar el pensamiento mientras escuchamos la voz de Duce, ese erudito que murmura, chamuya, añade: *de quoi se forme la plus subtile folle que de la plus subtile sagesse* (debido a la postura de los labios, el público queda extasiadísimo) es decir, Montaigne, añade, para seguir:

Porque según Cortázar,

CITANDO ME CITO

(alguna alusión a las casas de citas es añadida por un enemigo de este Duce pedantísimo)

Aunque la imbecilidad de ciertos seres ha hecho definitivamente una porquería con la frase, habiéndose escuchado ya

CITANDOME CITO

e incluso

CITANDOME ME EXCITO

y cosas más siniestras.

NI UNA PALABRA QUE NOS ACLARE SABATO

Dice El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión. Mientras tanto, Yavicolí se queja de los herpes, poniéndose hielo sobre los sufridos labios. Bruno dice a Joaquín T. Ana Huac que debieran largarse, que no aguanta más, que vuelve a tener ganas de fumar. El barbogafoso indica que a la salida, que si no deberán caminar algunas cuádras hasta llegar a «Caminito». La Sercovich quiere acompañar, pero alguien la escucha citar a Thackeray y a Bataille, diciendo que no merece la pena aguantarla aunque sea hermosísima: es una pesada.

EL GRAN ENTERADO DE LA ORDEN DE LA CUESTION

Al ver que sus enemigos naturales se largan con viento fresco, añade algo sobre chigueros y carpinchos, tararea *St. James Infirmary*, aburre a los macrós con una discografía de Coltrane y cuando quiere pronunciar *A love supreme* recibe un golpe en plena boca.

LA CURDA SE PASA, Y LA PALESTRA, EL ESTRADO, LAS TRIBUNAS, ETC.

Van diluyéndose en la mente de Sicardi, que escucha una campanilla creyendo estar aún en ese lugar de muerte, rodeado de ciegos y carpinchos, de etiquetas descritas por Marcel Proust en una pérdida de tiempo, de maquinaria inventada por Raymond Roussel indecentemente inservible. Pero la campanilla es la corriente, es decir, la del despertador. Pronto llegará el lechero y debe vestirse.

NOTA BENE LEE SICARDI NOCAU

Mientras observa la botella vacía de «100 Pipers», nota su farragoso paladar y siente la lengua extrañamente gruesa. No empezó el trabajo sobre Sábato. Saca los libros mientras, obsesionado por el sueño, recuerda los suburbios de la ciudad, cuando leía a Güiraldes mientras los pelmazos le recomendaban *Bomarzo* (que todavía no leyó, por cierto). Ah, Larreta, sí, Liguizamón, Macedonio Fernández... Y recuerda la tarea con Macedonio, con Scalabrini. Sí, Yavícoli, su amigo, que nunca padeció jabón como decía, que estaba fotuto por la situación, comentaba. Madrid había sido una fiesta entonces; si no hubiera sido por personajes como El Gran Enterado —existe, claro, él veía su rostro de imbécil— Yavícoli hubiera seguido con su performance, pues le quedaba todavía la venta de cursos de inglés.

PERO NO BASTA CON SER UN GENIO DE LA PLUMA

Para conseguir crear un *best-seller*. Prepara un *Larousse de Poche* y un birome. Recuerda al viejo cazador conocido por Ernest Hemingway; conocido, sí, en Madrid, por don Ernesto. Ahora se trata de saber quién es ese Cardisi, aunque Freud no vaya a aclararme nada al respecto. Los otros personajes los tengo cuadrículados, sobre todo sé quién es El Megalómano, ese pobre gil, a tope. Por cierto, hoy mismo le devuelvo el libro de Furio Colombo, parece un aviso. No puedo decir que haya sido una pesadilla, pero desde luego no ha resultado agradable. Debo ir también a que me hagan radiografías. Me duele el costado. No sé, pero si continúo fumando tantísimo, bebiendo de un modo tan poco ordenado, acabaré mis días en el hospital. ¿Quién sería la mujer del hospital? Su rostro me es desconocido.

VEAMOS COMO DEFIENDEN Y ATACAN ESOS CRITICOS

Luciferinos, mas sin imaginación. Iblis. La aparición de un diablo nuevo. La antropología. «Un escritor argentino es tan descendiente de Berceo y de Cervantes como un escritor de Madrid.» Pero no ocurre lo mismo al revés. Un escritor de Madrid, casi siempre, desconoce lo ocurrido traspasado el charco. Y eso que, Sábato no usa el íunfardo con desmesura. Necesitaré, tal vez, alguna información sobre esos tres. Demonología. Bah, se trata de explicarme yo, no de explicarme otros. Sábato, sin duda, es un escritor que me interesa.

Pero, ¿cómo escribir, bajo palabra de honor, un juicio objetivo sobre su obra? Si al menos se tratara de otros temas ... Pe5 1/9. El lenguaje científico, diría Berenguer Carisomo. El 45, añadirán ahora los fans, epígonos, discípulos que Sábato no buscaría ni si le resultaran necesarios. Por fin, alguno caerá: que los libros se publicaron cada trece años, que si la bomba, que si las fobias y las filias influyen... todo explicado ya en *Hombres y engranajes*, en *El escritor y sus fantasmas*. Literatura paralela: teoría y práctica. Bataques. ¿Defensores? ¿Y a quién defienden esos mierdas? Se trata de saber si Cardisi es Sicardi, si Cardisi murió o se suicidó. (Se «autosuicidó», me pareció entender: ¿qué me quise decir en el sueño?) El barbogafoso no era yo, pero se me parecía bastante. Si no hubiera sido porque fumaba puros y yo no acostumbro. «La pápira situada en el mangrullo que forma un empedrado de argumentos con chance», eh, ahí está la cuestión del idioma: El Gran Enterado de la Orden de la Cuestión, cuando pretende ser gracioso, muestra los dientes asquerosos entre el cigarro y se crece creyéndose genial. Los versos, no los recuerdo y está bien, pero eran del mismo tipo. Todo entre Kafka y Sábato. Y ese túnel, también.

AHORA LO QUE PRECISO ES UNA BUENA RELECTURA

Pero no tengo muchas ganas. No es necesario escribir un tratado, ni tan siquiera un manual, ni tesis, ni un grueso ensayo, sobre todo porque a Sábato le fastidia el intento de objetividad. De sus admiradores «de oído» sé lo suficiente como para preocuparme. Ya me dieron lata suficiente, sí, suficiente, lo sé desde a...

*COMENZO A DIVAGAR DE NUEVO MIENTRAS PUSO
«HABAZZSHODON»*

y quiso, de nuevo, recomenzar.

*CUANDO SE OYO LA BATERIA CREYO VER A ABADDON EN
EL ALFEIZAR.*

JUAN QUINTANA

Matadero, 4.
Migueláñez.
SEGOVIA.